

Salmerón, magnífico, elocuente. Cuando terminó, todos decían: «Ya hay Gobierno en la República española.» Aquello se me representaba como un teatro de niños con figurillas diminutas que se movían con alambres... Luego soñé que pedía la palabra Ríos Rosas. Produjose un tumulto porque alguien pretendió que no se dejara hablar al orador monárquico... Yo salí á la calle, y en la esquina de Floridablanca, unos *silbantes* pegaban un pasquín que decía: *¿Quién es Ríos Rosas?* Yo les dije: «Imbéciles; es el león de la elocuencia. Dios os libre de caer en sus garras...»

Volví á verme en la Tribuna, y escuché la fiera voz del león, que así clamaba: «El tercer Pretendiente al trono de España será confundido y aniquilado como su tío, como su abuelo. Esta Nación desgraciada puede sufrir hasta la anarquía por un período de tiempo; lo que no sufrirá jamás es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la Inquisición. Jamás, jamás consentiremos á don Carlos ni á los satélites de la antigua tiranía. Todo menos eso. (*Aplausos delirantes.*) ... Para llegar á ser Gobierno de la Nación—decía dirigiendo sus palabras al banco azul—aquí tenéis una mayoría, no muy numerosa, no os importe el número; aquí hay cohesión, convicciones, patriotismo... Con esta mayoría podéis salvar la República, restablecer el orden, restituir á la sociedad sus condiciones de asiento y de vida. Así seréis Gobierno de la Nación, energía prepotente que combata,

que aterre y mate todas las fuerzas rivales.»

Cambiados rápidamente los espejismos de mi sueño, me vi en la esquina de la calle de las Huertas, donde unos chicos pegaban un cartel que decía: *Salmerón es el Presidente de los monárquicos...* Quise ir á mi casa, y de pronto me encontré en la tienda de Maria de la Cabeza, á quien vi muy acaramelada con su esposo Serafín de San José, y cuando ambos me saludaban apretándome tiernamente la mano, el atronador mugido de los toros me despertó.

## XV

- Un ratito estuvo mi pensamiento meciéndose en el balancín de esta duda: ¿La realidad era lo de allá ó lo de acá? ¿Eran éste y el otro mundo igualmente falaces ó igualmente verdaderos? Sin llegar á dilucidarlo me vi conducido al punto en que me esperaba mi cabalgadura. En ella monté, y la caravana siguió su camino. Grandemente me desconsoló el ver que la Diosa iba muy delantera, dejando entre su persona y la mía buena parte de su séquito. Junto á mí marchaban las sílfides más juguetonas y parlanchinas.

Entre ellas vi á *Graziella*, manifestándose claramente en su encarnadura mortal. Debajo de una falda vaporosa vestía pantalones, y á horcajadas montaba en un toro voluntarioso y saltón, al cual gobernaba y regia con

arte que envidiaran las más hábiles artistas de circo en el otro mundo. Hostigándole con una varita flexible, le hacía jugar como un ágil caballo. Cuando se cansaba de este recreo, sentábase la diablesa en el testuz del animal, echando las piernas á un lado y otro del hocico, y agarrándose á las astas entonaba cantos báquicos, á que el toro respondía con sonoros resoplidos. Embelesado con tan extraordinarios ejercicios, pasé un rato agradable. Luego, la que fué mi amiga en otros tiempos, tomó de nuevo la forma natural de equitación, y emparejando su toro con el mío, me habló de esa manera:

«¿Qué tal, Titín, vas á gusto en el torito? Si no te enfadas te diré que te has metido en este laberinto subterráneo por un extravío de tu temperamento, por tus malas mañas de pícaro redomado, y por tus pretensiones de virrote conquistador de cuantas hembras se te ponen por delante. Te enamoraste de la Maestra por artilugios de una corredora, y creíste que esta perfecta hermosura podía ser tuya, como lo fueron tantas otras de baja y villana estofa, entre ellas yo. Pues ahora te digo: picarón, impuro, lascivo, adúltero, vicioso, ladrón deshonesto, monstruo de disipación y libertinaje: en el momento en que dirijas á nuestra Maestra y Señora la menor sollicitación ó requerimiento de amor liviano; en el momento en que aspire á poseer un átomo de la carne divina con apariencias de mortal vestidura, quedarás muerto si no te convierten en un inmundo y hediondo bicharraco.»

Ya se había hecho de tal modo mi espíritu á las cosas inauditas, descomunales y absurdas, que las palabras de la diabla no me causaron el efecto que ella sin duda pretendía obtener. Siempre la tuve por un sér esencialmente burlón y sarcástico. Díjele que al entrar en aquel mundo me había cortado la coleta de Tenorio y hecho voto de castidad. Apartóse de mí, indicándome que tenía que ocupar otro puesto en la caravana, y yo, imposibilitado de trabar conversación con las indecisas figuras que me rodeaban, entretenía mi tedio observando los cambios del paisaje adusto y pavoroso. Conforme adelantábamos, el valle presentaba aspectos menos áridos: junto á las masas pedregosas veíanse alcores verdeantes; crecían las aguas con el aflujo de arroyuelos que brotaban de las altas peñas. En algunos sitios las bóvedas goteaban como si rezumasen el agua de caudalosos ríos que sobre ellas corrían. Llegó un momento en que la lluvia era tan intensa que sentí miedo. Una sílfide que á mi lado iba, me miró risueña diciéndome: «No se asuste, caballero, del agua que cae ni del ruido que se siente por allá arriba. Es el Júcar que pasa.»

Esta observación de la ninfa llevó mi pensamiento al mundo exterior ó cortical, digámoslo así, donde yo había nacido, y de la superficie volvió á la profundidad intra-telúrica en que á la sazón me encontraba. El ir y volver de mi pensamiento engendró una idea tristísima: «Seguramente—me dije—los que

discurrimos por estas soledades, sin días ni noches, somos personas que murieron allá arriba, y muertas descienden á esta región para vagar siempre en ella purgando sus culpas.» La verdad, lectores míos muy amados, lo de ser yo ánima del Purgatorio no me hacía maldita gracia.

Mucho más allá del sitio en que vi la filtración de las aguas del Júcar, se oyeron en lo alto rugidos de bestias feroces; mas no eran en tanto número como las que aparecieron en los comienzos de la expedición, y al mugido de los toros se metían asustadas en sus cubiles. Por la parte baja dejáronse ver enormes gatos monteses de pintado pelo, que á nuestro paso salían huyendo rocas arriba, con maullidos estridentes. La veloz huída de las terribles alimañas era celebrada por nuestras sílfides con algazara de silbos y greguería triunfal. No participaba yo de estos gozos, y me dije: «Por vida de San Proteo, mi patrón, que están apañadas las ánimas que vengan á este Purgatorio sin agregarse al séquito de alguna Diosa.»

Largo trecho adelante, se me acercó *Graziella* cautelosa, juntando su toro con el mío, y deslizó en mi oído estas palabritas: «Farsante, me han prohibido hablar contigo.

—La farsante eres tú. ¿Cómo me explicas que siendo como eres el espíritu del sainete, de la farándula y de la picardía bufonesca, te admiten en esta grey donde todo es discreción, comedimiento y seriedad taurina y sílfidesca? Cada vez entiendo esto menos. ¿A

dónde me conducen? ¿Qué pito toco yo aquí apartado de la Diosa, que no quiere llevarme á su lado? ¿Esta caverna sin fin se formó con la osamenta del paganismo, muerto y sepulto hace miles de años, ó es un conducto de ansiedad mística que nos encamina á los eternos goces?...»

Me azotó la diablesa con su varita, diciéndome en voz muy queda: «Pobre mentecato, sigue, déjate llevar y llénate de paciencia. Este es el reino de la paciencia, de la castidad, de las virtudes calladas, y de la educación para la vida futura. En este reino, como en todos, las almas necesitan un poquito de alegría para dar amenidad á las horas austeras, y esa alegría, soy yo. Cierra el pico y no me busques el genio. Ya me conoces: Soy *Graziella*, la que te zarandeó de lo lindo y te dió gusto y pena, llevándote siempre de lo malo á lo bueno, y de lo bueno á lo mejor. Por mí conociste á la Maestra de Maestras, á la grande *Mariclio*, que hizo de ti su auxiliar preferido, su muñequito donoso y sutil.»

Oír el nombre de *Mariclio* y arrebatar-me de júbilo y entusiasmo fué todo uno. Empecé á dar voces... *Graziella* me fustigó con fuerza, incitándome al silencio. Sus últimas palabras fueron: «Dentro de un buen rato descansaremos para comer otra bizcochada sabrosa, y van tres... Adelante hasta la bizcochada siguiente. Más paciencia, Titín salado, y después de la quinta comidita verás á la *Madre* gloriosa y eterna.» Dicho esto arreó su toro, y haciéndole brincar como un cabri-

to, desapareció entre la turbamulta caminante.

Las gratisimas esperanzas que me dió la diablesa desenvuelta y marimacho, devolvieron la tranquilidad á mi espíritu. Pensaba yo que llevando cuenta de las etapas que me indicó *Graziella*, acertaría el tiempo y la distancia que me separaban del bien anunciado. El valle intra-telúrico estrechó considerablemente cuando pasamos de la tercera bizcochada, y después de la cuarta, descendía en rápido declive, y ondulaba con recodos violentos. Las escarpas eran rocosas, afectando las formas más extrañas que pudiera imaginar un escultor en pleno desvario. La humedad aumentaba, y en las peñas vi légamos verdosos donde se deslizaban culebras de pintada piel, inofensivas. Luego, al término del largo descenso, el valle ensanchaba gradualmente y la bóveda que lo cubría era más alta, con tendencias á la forma ojival.

La quinta merienda y descanso fué en un lugar anchísimo en el que se podían apreciar vegetaciones más lozanas y espesas. La impaciencia que llenaba mi alma me quitó el sueño. Despierto deliraba. Quiso mi buena suerte ó la voluntad de la Diosa que ésta y yo reposáramos á corta distancia. Hablamos. Yo le reiteré las expresiones más nobles de mi acatamiento, y ella elogió la calma resignada con que yo la seguía en tan larga, triste y lenta peregrinación. Declaré que en aquel mundo pálido, como en el otro lleno de luz, yo sería siempre su más adicto siervo.

Antes de recostarse en el blando césped para dormir, rodeada de sus ninfas camareras, me dijo así: «Con tales disposiciones á la obediencia, usted y yo iremos muy lejos. Pronto, señor don Tito, llegaremos á donde pueda yo decirle *buenas noches* y *buenos días*.» Desvelado y en éxtasis, no me cansaba de contemplar el cuerpo ideal de la Diosa, tendido de espaldas cerca de mí. Conque mis brazos tuvieran doble tamaño del natural, hubiera podido llegar á tocarla y darle unas palmatitas en semejante parte.

A poco de emprender la nueva jornada, distinguí á lo lejos resplandor de luces. Los toros apresuraron el paso, lo que me indicó que ellos sentían como yo la comezón de la llegada. A medida que nos acercábamos, advertí el enorme ensanche de lo que habíamos dado en llamar valle. Era ya más bien un campo, y la magnitud de la techumbre exigía grandes soportes de roca, distribuidos con más variedad que orden, torcidos unos, derechos otros, esbeltos ó jorobados, simulando gigantes cuerpos en violentas posturas. De ellos arrancaban las desiguales bóvedas en que se fraccionaba la gran techumbre pétreo. Era, en resumen, un recinto muy semejante al de una inmensa Catedral hecha á mojicones y puñetazos. Cuando entramos en él, aprecié su magnitud, advirtiendo que todos los toros y el personal de la caravana tenían allí holgada cabida.

Me desmonté, y acudí por entre cuernos duros y blandas formas de mujer al espacio

donde veía la profusión de luces, el cual era como estrado con honores de presbiterio. Allí me colé de rondón, esquivando toda ceremonia. Vi divinidades risueñas, vestidas de clámide, calzadas de coturno, y con las sienes ceñidas de laurel. Vi á *Mariclio*, grande como el Tiempo, hermosa como la Verdad, plácida y grave como el genio de la Historia... Descendió del presbiterio á las anchas naves, donde los toros se atropellaban frente á ella, y proferían cariñosos mugidos. Con tiernas y sentidas voces les acarició, rascando suavemente sus testuces, manoseando sus afiladas cornamentas, y ellos alargaron sus hocicos húmedos lanzando sobre la Diosa calientes resoplidos.

Acerqueme á la *Madre* y le oí decir: «Bien venido seas á mí, pueblo viril y manso, sufrido y fiero. Te conozco desde que el viejo Túbal me trajo á la feraz Hesperia. Reposa, solázate en las praderas, y hártate de cuantas golosinas hemos dispuesto para ti: avena en grano, algarroba, chícharos, habas, tan frescas hoy como las que para ti sembraron mis primeros amigos los felices Iberos. Cuando comas y descanses, espárcete por estas encañadas donde encontrarás á tus hembras, las amantes vaquitas, y con ellas puedes refocilarte cuanto quieras...» Partieron y se dispersaron con alegre confusión los hermosos animales, y entonces *Mariclio*, al volverse, encaró conmigo, y ambos lanzamos una exclamación de júbilo.

«Ven acá, Titín—me dijo levantándome

en vilo para besarme. Por la diferencia de estaturas, no hubiera podido hacerlo de otro modo sin inclinarse más de lo que su dignidad permitía. Cortado y confuso, tan sólo supe responderle con frases balbucientes: «Señora y Madre mía... Soy dichoso... Siglos me habéis tenido huérfano...»

—Has venido, buen Tito, en cuanto te lo mandé. Eres obediente á mi atracción sutil... A flor de tierra te he visto mil veces; tú á mí no... Está aquel mundo muy revuelto y no quise dejarme ver. He repartido allí no pocos zapatazos con mi recia sandalia. Mas no me han hecho caso. Una y otra vez quise ponerme al habla con tus grandes hombres; pero ni siquiera supieron oír mis pasos formidables. Tú solo te asustaste de ellos. Creo que los directores poseen inteligencia y buena intención, lo que no basta para que pueda yo darles la inmortalidad en mis anales. Pasarán días, años, lustros, antes que junten y amalgamen estas dos ideas: Paz y República.»

Algo se me ocurrió que creí digno de ser dicho; pero de tal modo me conmovía y deslumbraba la majestad de la Madre, que de mi boca no pudo salir más que un suspiro. Avanzando por lo que he llamado presbiterio, entre grupos de sílfides reclinadas, *Mariclio* prosiguió así: «No hace mucho me anunciaron su visita mis hermanas... Ya sabes que somos Nueve, y que las Nueve nacimos en un mismo día... La presencia de mis hermanas ha sido un grande alivio de mis amarguras.

Vinieron con la idea de que, desembarazado este pueblo de la balumba de su realeza caduca y estéril, podrían ellas cultivar y extender aquí libremente las nobles artes que cada una preside y enseña. ¡Ay!... yo les digo que es muy pronto para que las Nueve ejerzamos por acá, en combinada maestría, nuestras funciones. Ya llegará la ocasión. Ello será cuando estos caballeros, todavía un poco inocentes, den el segundo golpe... más seguro será cuando den el tercero.»

## XVI

Las ninfas ó sílfides, dudosamente revestidas de carne mortal, así como las sacras figuras majestuosas, hallábanse sentadas en el césped formando grupos sin clases ni jerarquías, y se regalaban con manjares de sutil delicadeza y aroma. La charla graciosa esparcía de grupo en grupo un franco y dulce contento. Tuvo la *Madre* el acierto, que le agradecí mucho, de no presentarme á sus hermanas, ante las cuales el pobre Tito turbado y confuso no habría sabido qué decir. Con *Maricello* había adquirido yo cierta confianza, pero las otras me anonadaban con el resplandor de su presencia. Busqué con mis ojos á Floriana, y la vi junto á una que me pareció *Polimnia*, maestra de la Oratoria y la Pantomima. Poco después creí verla con *Urania*, soberana de los astrónomos. Y si no estoy

equivocado, la vi luego reclinada en el regazo de *Euterpe*, profesora de Música de toda la Humanidad.

Sentéme yo junto á *Maricello*, y no lejos de mí estaba *Graziella* con otras sílfides, cuyos rostros pude yo distinguir y apreciar en el curso del viaje y en las estaciones de reposo. Debo decir que comí de cuanto me dieron; y que sentía regenerada mi sangre y alentado todo mi sér con la ingestión de los divinos manjares. De la general conversación llegaban á mí jirones ó ráfagas que pasaban dejando en mi oído frases inteligibles, entre otras que no podía comprender por ser pronunciadas en extraños idiomas. A la derecha de *Maricello* vino á sentarse su hermana *Caliope*, gobernadora del mundo de la Poesía, y de lo que ambas hablaron con viveza y animación no entendí ni jota. Por ciertas inflexiones me pareció que hablaban en griego para mayor claridad...

Ya llevábamos un gran rato engullendo las célicas viandas, cuando del sitio donde estaba *Euterpe* vino una música de tal suavidad y tan lindamente concertada en giros melódicos, que al oirla sentíamos como si manos angélicas nos levantasen en vilo y al mismo cielo nos transportaran. Vi á la propia *Euterpe* tañendo una flauta de oro, cuyo son acompañaba y regía el de otras tañedoras de flautas, caramillos y chirimías, agrupadas á la derecha de la Musa. Al opuesto lado, otras musicantes tocaban liras y laúdes, y con tan exquisito arte se acoplaban las diferentes vo-

ces del aire vago y de las cuerdas vibrantes, que resultaba un perfecto trasunto de la armonía de las esferas.

El dulce comistraje, á cuya preparación no era extraño sin duda el amigo Baco, y el más dulce ritmo de la celeste música, nos llevaban suavemente á un estado letal. Luché con el sueño; pero al fin me dormí como un tronco... Soñé que estaba, no en las Cortes, no en las calles de Madrid, sino en el Olimpo, habitual residencia de los Dioses que fueron y que quizás lo eran todavía. La impresión que recibí fué la que produce un lugar visitado ya en tiempos muy remotos.

El Padre Júpiter parecióme algo aburrido, y se desperezaba en su trono de nubes; la Madre Juno había engordado tanto, que su ponderada hermosura era ya un verdadero mito. El águila de él y el pavo de ella se habían hecho amigos y dormían juntos en el suelo. Minerva, Ceres y demás familia conservaban su gallardía de antaño; sólo el amigo Marte me pareció rebajado algunos puntos en su bizarría, como un general que ha pasado á la reserva... Soñé que penetraba yo allí con la timidez propia de un intruso mortal, y cuando hacía grave reverencia á los venerables Dioses, vi entrar á Martos en traje olímpico, con lentes y corona de laurel. Habló con Mercurio... Comprendí que trataban de sustraer un rayo del haz que Júpiter á su lado tenía.

Cuando yo hice por acercarme al Padre de los Dioses para prevenirle contra los rateros,

sentí que me tiraban de un pie. No hice caso. Los tirones arreciaron, como si alguien quisiera arrastrarme... Desperté... Era que la maldita *Graziella*, llegándose á mí sigilosa, quería divertirse cortando mi olímpico sueño. «Tito, Tito desatentado y escandaloso—me dijo soltando la risa,—se permite dormir; pero no está permitido roncar en presencia de las Diosas inmortales. ¿Te parece que es decente atronarnos con esos bramidos de gánán? ¡Menudo concierto de trombón nos has dado! Despabilate, tontaina, que aquí estamos cuatro sílfides aburridas con deseos de entrar en conversación y pasar el rato.»

Restregándome los ojos me incorporé, y viendo que ya no estaba á mi lado *Mariclio*, pegué la hebra con las compañeras que pedían palique. Observé que Morfeo imperaba sobre todo el cotarro divino, semi-divino y semi-humano. No tardé en formar rueda con las amigas, y yo fui el primero en tomar la palabra. «Ya sé—les dije—por qué estáis tan aburriditas. En toda la caravana que vino del otro mundo, y en todo el señorío mitológico que hemos encontrado en éste, no hay más que mujeres. ¡Mujeres, Señor, todas mujeres y ningún hombre!... pues yo, traído aquí en calidad de sér incorpóreo y contemplativo, apenas me llamo varón.»

Rompieron á reír las cuatro, y una de ellas, bonita y graciosa, dijo: «Fastidiate, perdulario; bastante te has divertido allá.» Y otra, rubicunda y metida en carnes, intervino así: «¿Pues qué querías, que te dejáramos traer á

doña Cabeza, á Candela ó á Delfinita la funeraria?» La tercera de aquellas pícaras metió la cucharada en esta forma: «No conoces bien este mundo, que se parece al otro más de lo que tú crees. Penitencia y soledad hallarás aquí; mas esto no es eterno. La Madre es la misma sabiduría, y á las que pedimos cierta libertad nos concede lo que ordena el fuero de Naturaleza.»

Resumió las opiniones *Graziella* con esta peregrina observación: «Entre las que aquí vamos, aluvión de mujeres, las hay de todas castas: santas, semi-santas, místicas de moco y baba, románticas, espiritadas; haylas también tiernas de corazón y místicas al revés ó contemplativas en la esfera de lo corporal. A las que formamos esta pandilla, la Madre bondadosa nos convierte en vacas y nos deja ir por esas encañadas.»

Saltó una de las otras diciendo con viveza: «Has revelado el arcano, trastrocando la verdad con alguna indecencia. Lo que debe saber Tito es que muchos de los toros que ha visto son hombres.»

—Lo he dicho al revés—afirmó *Graziella* sin dejar de reír,—para que lo entienda mejor.»

Estos y otros disparates que oí de aquellas bocas desaprensivas, llenaron mi ánimo de tal confusión que no sabía qué juicio formar de aquel mundo en que había caído. ¿Era un mundo de guasa mitológica con ribetes picarescos, un fermento trasnochado del paganismo, traído á la vida moderna como leva-

dura para poder amasar y cocer el nuevo pan de la civilización? ¿Las Musas que vi eran las verdaderas hermanas de Apolo, ó figuras de teatro modeladas artísticamente por hábiles maestras de aquella comunidad andante, donde iban hembras de tan diferentes castas y aptitudes?

De esta desilusión pesimista sólo exceptuaba yo á *Floriana* y á la excelsa *Mariclio*, sagrario que guarda y custodia la verdad de los hechos humanos... A mí se llegó la buena Madre, apartándome de la compañía y coloquio de aquellas á quienes juzgué como dislocadas marionetas, y me llevó consigo rodeando los grupos de durmientes. Llegamos á un punto donde vi la boca de una caverna de medianas anchuras, y me dijo: «Por aquí iréis vosotros á donde yo he dispuesto.»

El *iréis vosotros* lo entendí como si dijera *Floriana* y *tú*, y así se lo manifesté. Luego añadió ella: «El camino es corto y menos ingrato que el ya recorrido. Durante la travesía no me veréis. Pero allá nos encontraremos.» Esto me alegró lo indecible. La dulzura risueña con que me habló la Madre, me hizo vislumbrar que del mundo de pesadilla pasaríamos á la vida real, y que *Floriana* sería nuevamente la belleza corpórea que vi por primera vez en la parroquia de San Marcos.

Atento á la brevedad, omito los incidentes que precedieron á nuestra partida. Extinguiéronse las luces, disemináronse las figuras de aspecto divino y de apariencia humana. Las Musas se fueron con la Música á otra

parte, á otra parte con la Tragedia y la Comedia, á otra parte con la Epica, la Oratoria y la Danza, á otra parte con la Astronomía y la Poesía Popular. No pude apreciar la dirección que tomó la Madre Historia. Aparecieron de nuevo los toros, no en tanto número como antes. Advertí que entre ellos venían no pocas vacas. Tocóme oprimir los lomos de una de éstas, por cierto muy ágil y bizarra.

Emprendimos la marcha por un valle menos ancho que los de las primeras etapas, de alta bóveda y suelo mullido y húmedo, en el cual no vi otras alimañas que las saltonas ranas entonando á nuestro paso el nocturno *croá croá*. La luz era la misma que antes nos alumbrara. Floriana y otra hembra, cuarentona y adusta, que en la última cena hablaba íntimamente primero con *Mariclio* y después con *Caliope* y *Talia*, montaban á mujeriegas un toro arrogantisimo. Detrás fui yo largo trecho, hasta que Floriana, llamándome á su lado con dulce acento, me dijo: «Ya descendemos, amigo Tito, hacia la vida vulgar. Es ley divina que esto acabe siempre en aquello y aquello en esto, pues nunca sé verá el fin definitivo de las cosas.»

Mientras contestaba yo como Dios me dió á entender á estas palabras sibilíticas, advertí que la ideal doncella no vestía ya la túnica helénica, alba y ceñida, sino un obscuro traje, de color no bien definido por la escasa luz, y de forma semejante á los que usan á flor de tierra las señoras. Con mayor asombro noté que sus lindos pies no calzaban san-

dalias, sino zapatos y medias. «Veo, señora mía —le dije gozoso,— que nos vamos humanizando. Esto me regocija porque yo soy humano hasta la médula de mis huesos.»

Continué desarrollando mi tesis, y cuando yo estaba en lo más entonado de mi oratoria, me cortó la palabra un ruidoso trotar de jinetes ó jinetas que detrás venían. Pasando con veloz carrera junto á nosotros, se nos adelantaron con alegre algazara hípica. Eran *Graziella* y un sin fin de picaronas de su laya, que corrían á tomar la delantera. Con risueña tolerancia, Floriana me dijo: «Adelántese usted, don Tito, y vea de apaciguar á esas locas harto impacientes por llegar al fin. Exhórtelas á la medida, y amenácelas con mandarlas á la cola si no son juiciosas.»

Con mis talones y la varita avivé el paso de mi vaca, y pronto llegué al grupo de las alborotadoras desmandadas. Al recorrer toda la caravana, advertí con júbilo que la invisibilidad había desaparecido casi en absoluto. Ya no había espíritus, ni peri-espíritus, ni formas equívocas. La carne y el hueso, la sangre y la vida, recobraban su imperio. Metido entre la turba de revoltosas, hice otra observación que confirmó mi alegría. Los trajes de ellas eran lindos y vaporosos, sin más que la tela precisa para llegar al término medio entre la ropa y la desnudez. Su alegre vocerío no era la salmodia clásica y desabrida de los himnos báquicos, pithicos ó délficos, sino canciones de la vida mundana, con letra y

música que yo había oído la mar de veces en los teatros populares.

*Graziella* nos dió un número de circo, divertidísimo, haciendo mil piruetas sobre los lomos de su cabalgadura, y luego una plancha imponente agarrada á las astas del toro, á quien llamaba *Perico*. Terminado el ejercicio, hizome montar á su lado, y entonces las otras diablas se abalanzaron á mí, acometiéndome con pellizcos y tirones de orejas. Una de ellas me dijo: «¿Te acuerdas, pillín, de aquella noche... cuando te llevamos por las calles hasta la plazuela de las Comendadoras, diciéndote *búscala, que te quemas?*» Otra saltó con esto: «Yo y esta amiga mía éramos las que te mandábamos los pretendientes de destinos para que te marearan y volvieran loco.

—¡Ah, bribonas!—exclamé.—Y luego ibais de ministerio en ministerio embaucando á los Ministros para que me concedieran todo lo que yo no les había pedido.

—No, tontín; esa función no era nuestra. Sacaba los destinos, con artes muy sutiles que nosotras no entendemos, la Madre *Mari-clio*, que es la que corre con todo lo tocante á la intriga de lo divino en el terreno de lo humano, asistida, según creemos, de una dama cabalística que tiene á su servicio.

—Y esa dama ¿es la que Floriana trae á su lado?

—No, simple—dijo *Graziella*.—La que viene montada con Floriana en el toro *Padre es Doña Gramática*... Tú de todo te asombras.

A cada palabra que te decimos pones esa cara que parece la del bobo de Coria... Déjame que te explique: Para regir el alma de Floriana en las funciones atañederas á la instrucción de los pueblos, hay un Consejo de sabias ó sibilas que se llaman *Doña Gramática, Doña Geografía, Doña Aritmética, Doña Caligrafía*, y otras tales... Las has visto. Van cerca de Floriana.

—Decidme, diablas—exclamé fuera de mí.—¿Estoy dormido ó despierto? Sacadme pronto del dédalo de estos mitos que enloquecerían á la razón misma, si la razón con su luz vivificante no los ahuyentara.

Cuando esto decía, advertí un cambio súbito en la intensidad y color de la claridad que nos iluminaba. Las mujeres, que otro nombre no debo darles, prorrumpieron en clamores de júbilo: «¡Ya llegamos á la luz del sol! ¡Ya tenemos día, ya tendremos noche! ¡Horas, venid; venid, voladores minutos! ¡Dulce Tiempo amigo, compañero y compás de la vida, abrázanos!» En tanto, mi cabeza se despejó súbitamente de visiones, mitos, ensueños, delirios aéreos y telúricos, y de todas las fantasmagorías que se habían metido en ella por obra y arte de la razón de la sinrazón. ¡Realidad, qué hermosa eres!